

14 de septiembre de 2020

Libreta nueva. Que la libreta anterior no me llegara a fin de mes me produce un trastoque importante. Aquí mi rigidez bien firme.

Semana nueva. Misma cuarentena.

En casa siguen todos positivos.

Pedro y yo estamos libres de momento.

Hay un lío de normas y días que ya no me aclaro. Por lo que he leído, Pedro podría estar haciendo vida normal, pero ha decidido que se quedaba aquí esta semana, "por prevenir".

Yo creo que es que se fía lo justito de mi cabeza y teme que entre en bucle si me deja sola aquí. No sé si esto me gusta o me asusta. Que se quede me encanta, claro, pero que piense que estoy tarada, pues no me hace tanta gracia. De entrada, me hago la bobita y me dejo cuidar. Me estoy dando cuenta de que estoy harta de ser la autosuficiente y autónoma. Llevo toda la vida peleándome para quitarme la etiqueta de que soy la pequeña y que todos tienen que responder de mí. ¡Ay, Sonia! Siempre igual: o calva o con tres pelucas. Igual esto es lo que me toca aprender ahora, encontrar el equilibrio entre ser autónoma y dejarme cuidar. Me parece difícilísimo.

No sé por qué me he puesto a pensar hoy en cómo he ido forjando mi carácter. Ser la siguiente después de tres varones habrá tenido algo que ver. Mamá loca por cuidarme y mimarme, y yo loca por no querer que se me tratara diferente a mis hermanos, aunque yo fuera mujer y la más chica. Yo quería ser como ellos. A veces me he pasado de frenada queriendo hacer todo yo, aislándome muchas veces y guardándome lo que me estaba pasando por la cabeza. Sentir que no encajaba en casi nada y callármelo. Siempre callármelo.

Anular mi necesidad de comer. E ir anulando muchos deseos y necesidades básicas de mí como humana. De alguna forma interpreté que ser autosuficiente me daba fortaleza y, en lo que va de año, he aprendido que nada tiene que ver. Ahora mismo, mi referente de fortaleza es Tía Enriqueta. Y ella nada lo hizo sola. Se supo acompañar muy bien para sus diferentes etapas de la vida.

Pensando esto, me doy cuenta de que desde hace unos días veo a una señora en todas partes de la red que habla de vulnerabilidad. Voy a tener que buscarla.

Hemos pasado el día como de servicios mínimos. Yo he estado haciendo algo de limpieza y orden en las libretas que he ido cerrando y preparando las siguientes que me tocan, y Pedro estuvo un rato con el teléfono y el ordenador en la terraza. Sé que estuvo hablando con Belén para decirle que esta semana no viniera nadie por aquí, por si acaso, y también lo oí hablar de compra de mascarillas y geles.

La verdad, no tengo claro qué hace Pedro exactamente en la empresa, porque cuando no está al teléfono, parece que ni le toca de cerca toda esa gestión, porque la cosa va sola. Pero cuando lo oigo al teléfono es como un gran jefe que lo tiene todo en la cabeza. Lo admiro un poquito por eso.

He escrito "un poquito" y no es verdad. La palabra exacta sería "un muchito". Cuando lo oigo hablar mirando el ordenador, esos *exce/s* interminables que veo de reojo

cuando creo que no se está quedando con que lo estoy observando, me parece de lo más atractivo. Es esa energía de control que desprende y de que sabe exactamente qué tiene que hacer.

Ya no tiene caso decir otra cosa, porque ahora mismo estoy como Bella Swan: incondicional e irrevocablemente enamorada de él.

Mira que hace tiempo que no he vuelto a leer los libros ni ver las películas, y esta frase no se me olvida.

Debería volver a verlas, a ver si les ha pasado como a Friends, o han envejecido malamente.

Después de cumplir ligeramente con los horarios, Pedro se asomó al cuarto de la vergüenza, que cada vez da menos vergüenza, la verdad, y me dijo si dábamos por finalizada la jornada. Pensé que querría ir a la playa, pero no. Lo que quería es que comiéramos.

Yo no me había dado cuenta de la hora, y eran casi las dos de la tarde. Me da un poco de vértigo ver cómo las tareas son capaces de absorberme de tal forma que pierdo completamente la noción de las horas. Y así, pierdes consciencia de los días, y así, de la vida. ¡Buf, qué vértigo! Y al mismo tiempo me parece que es justamente lo que pasa. Te metes en el bucle laboral y vives de lunes a viernes deseando que sea fin de semana, para no tener horario rígido, y para tener la falsa sensación de que eres un poquito más libre y dueña de tus horas. ¡Qué horror! Me está dando un poquito de agobio.

¿Y si se me pasa la vida así y llega el final sin haberla aprovechado?

Debería hacer una lista de las cosas que he vivido y hecho este año. Bueno, tengo las libretas. Esta es mi tercera libreta este año. El año en el que todo se paró. Y yo me transformé. Todavía estoy en ello.

Aún me cuesta reconocer algunos de mis rincones, y me parece difícil que esta que está escribiendo aquí sea la misma que hace nueve meses quería meterse debajo de la cama y que se acabara todo.

Me acuerdo del 1 de enero, sin pandemia, sin restricciones, y con todo el peso del mundo sobre mis espaldas. Cuando Pedro me dijo que bebiera agua, que pensaba que me iba a deshidratar si seguía llorando.

Siento ternura y compasión por mí. Y me doy cuenta de que esto no lo había sentido nunca antes. Es algo nuevo, blandito y calentito. Me deja por dentro como si estuviera envuelta en un albornoz de esos de hotel de 5 estrellas, después del baño. Aquella Sonia no tenía ni idea de lo que estaba por venir, de todo lo que tenía por vivir. Y supongo que la Sonia que está escribiendo esto ahora no tiene ni idea de lo que tiene por delante ¿Qué cosas me depararán los meses que faltan de este año? ¿Y los años próximos? Creo que nunca había tenido una consciencia tan clara y profunda de la limitación del tiempo.

Entiendo que empiezo a entender. He estado muy poco en contacto con la muerte, y por eso la veo de lejos, como si no fuera conmigo. La primera vez que tuve que afrontar que el tiempo es finito y que la muerte está ahí, al lado de cada uno de

nosotros, fue este verano con Tango. Después de Tango, tuve certeza de un salto de madurez.

Se me hace imposible imaginar lo que ha pasado Pedro con la muerte de Tía Enriqueta. Todavía no hace un año, y él ha seguido. Seguro que tiene sus “bajonas” pero, desde luego, sigue adelante. Me ronda mucho por la cabeza esto ahora porque en casa están todos malos, y es la primera vez que están malos y yo soy consciente de que otras personas están muriendo por lo mismo que tienen los míos. Seguro que otras veces han estado también en riesgo de enfermedad mortal, pero como he estado en una burbuja de aislamiento toda mi vida, no me ha parecido que pasara nada grave. Ahora sí, primero porque mi burbuja ya explotó, y segundo porque es real. A causa de este virus hemos cambiado completamente nuestro comportamiento y la gente se está muriendo.

Esta mañana estuve hablando con Juan por FaceTime. Parece que ni saborea ni huele. Y no puedo imaginarlo. Juan fue muy claro:

—Mira, me estoy comiendo una naranja, ¿ves? Yo sé que es una naranja porque la estoy viendo. Porque lo que es el resto de mis sentidos no me dicen nada. Mis ojos ven la naranja, pero ni la huelo ni la puedo saborear. Podría ser perfectamente una naranja de corcho, y yo no notaría la diferencia.

Y siguió comiéndosela. No sé si me hizo gracia o me dio miedo.

—Bueno, Juan, por lo menos no tienes más síntomas. Sólo que no hueles.

—¿Te parece poco? Preferiría tener fiebre. Ahora mismo podría estar quemándose la casa y yo ni me enteraría. Lo que no entiendo es que se supone que el olfato y el gusto lo pierdes cuando llevas tres o cuatro días con síntomas. Y yo, ni síntomas ni mierdas. Directamente anulados los sentidos.

—Pero, ¿de verdad no hueles nada?

—Nada. Lo comprobé acercándome a la nariz el bote de acetona de mamá. Y nada. No olí nada. ¿Te imaginas que no me vuelve?

—¿Estás idiota? ¿Cómo no te va a volver?

—Cualquiera sabe, este virus es pura novedad. No sabemos nada.

¿Cómo será el bicho éste que es capaz de anularte algo tan básico como son nuestros sentidos, de forma aislada?

Juan no tiene más síntomas y parece que papá y mamá los tienen todos. Pasaron mala noche, con malestar, dolor de garganta y décimas de fiebre. Hoy mamá tiene el cuerpo dolorido aunque no tiene fiebre y tampoco tos. Papá tiene los típicos síntomas de un resfriado común: congestión y un poco de dolor de cabeza.

Paco es el que está más cogido. Sí que tiene fiebre alta, y según me dijo AnaCristina, lo peor que lleva es la cabeza. Que dice que le parece que le va a estallar.

Y me vuelve a dar el miedo; parece que esto es un virus inteligente, que analiza cuál es el punto débil del organismo que infecta y ahí lo ataca.

Me descubro conspiranoica, y no me gusta nada. Tengo que quitarme estas cosas de la cabeza. No queda otra que esperar a que vaya pasando. Y amigarme con la sensación de incertidumbre.

¡Cómo odio esta palabra!

Incertidumbre. Todo en ella me molesta. Tener que lidiar con no saber qué va a pasar, cómo vamos a estar...

Se lo contaba a Pedro en el almuerzo, y me miraba con cara de risa:

—Bienvenida a la vida de verdad, Silenciosa.

—Pues vaya gracia. Prefería lo de antes.

—Ya, pero lo de antes, es volver a la mazmorra, a que los demás hagan lo que les parece y a ti no te cuadre, y probablemente en tu caso, a la restricción de alimento.

—¿A ti no te da ansiedad no saber qué va a pasar?

—No lo pienso. Lo que tengo que decidir lo decido, y lo demás lo saco de mi cabeza.

—Pero, ¿cómo? Yo necesito saber, necesito certeza, control.

—¿Quieres una certeza? Nos vamos a morir. Ahí tienes la certeza. Es lo único que tenemos seguro.

Me quedé con cara de susto y angustia, supongo, porque se levantó del sillón y vino a abrazarme. Y una vez me tuvo agarrada, me dijo al oído.

—Pero, con suerte, no será hoy.

El poder del abrazo de Pedro. Esa es la certeza en la que prefiero centrarme hoy. Cuando estoy oyéndolo respirar tan de cerca, sí siento que puedo dejar todo lo demás fuera de mi cabeza; el resto del tiempo, no lo consigo tan fácilmente.

Y vuelvo a asustarme. Que mi serenidad mental dependa de que Pedro esté cerca para poder dármele me convierte en totalmente dependiente. Y esto no me gusta nada. Y al mismo tiempo no sé cómo zafarme de ello.

Vuelvo a los negros y blancos. O con Pedro y dependiente, o sin Pedro y con ansiedad. Pues vaya gracia. ¿Se podrá encontrar equilibrio? ¿Será que es esto lo que tengo que aprender ahora?

15 de septiembre de 2020

Esta mañana nos levantamos como siempre. Tranquilos y sin estar muy pendientes del reloj. Cuando el cuerpo amaneció nos pusimos en pie. Desayunamos y nos fuimos caminando con Cash para la playa.

En medio del camino, Pedro se me quedó mirando y me dijo:

—Tengo ganas de echarme una carrerita.

Ya sé lo que viene después de que me suelte una frase así.

Se descolgó la correa de Cash del cuello y me la tendió. Y salió corriendo.

Yo no me explico cómo a alguien le pueden dar ganas de salir corriendo si no hay una fiera que lo esté persiguiendo. Y Cash tampoco lo entiende. Porque se quedó parado mientras lo vio pasar dando zancadas.

Cuando llegué a la playa, Pedro no estaba por ningún lado.

Cash se metió en el agua y yo lo seguí, y ya cuando íbamos saliendo del baño, lo vi aparecer.

Traía cara de contento y relajado. Siempre que lo veo haciendo estas cosas, que a mí me resultan tan ajenas, siento que me estoy perdiendo algo y que en algún momento debería indagar ahí, a ver si es cierto lo que me transmite o todo es espejismo.

De vuelta a casa, pasamos por la ducha y a trabajar. Eran casi las 10. El día que tenga un trabajo de verdad y tenga que rendir cuentas con un horario y un escritorio, me va a dar un parraque. Repaso lo que escribo, y me sorprende. Sigo considerando que este trabajo no es un trabajo de verdad, y que de alguna manera, en algún momento, me tocará despertarme de esta película.

En casa todo sigue igual. Con algunas mejoras, pero todos de baja.

Hoy empezaron las clases en toda la isla. Desde marzo, los colegios se quedaron vacíos. Todavía miro atrás y me angustio un poco.

No puedo olvidarme de la suerte que he tenido de poder tener este cacho de tierra en el que pasar todos esos meses. Pasé por cierto agobio, pero no me imagino cómo podría haber sido si los llego a tener que pasar en el piso de Puerto.

Me recorre un escalofrío por la espalda.

En el estado en el que estaba en aquellos primeros meses del año, y encerrada en casa sola, no sé, igual no estaría ahora escribiendo esto. ¡Buf! Vaya vueltas que me ha dado este año la vida. Y todavía quedan casi cuatro meses para que acabe. ¿Cuántas cosas más nos esperan?

Paquito y Sara no fueron al cole, claramente. Aunque creo que son los que están mejor. AnaCristina dice que están saltando todo el día, y que Paquito está tristón. No quería perderse el primer día. Que dice que a ver si se va a quedar atrás.

Este niño reúne toda la responsabilidad del mundo en ese cuerpecito de apenas un metro. Y del otro lado, la hermana, que salta y brinca todo el día, y que se la pela todo. Que haya cole o que no. ¿Serán los dos igual de felices?

Me da angustia pensar que Paquito con su exceso del deber termine como yo. Bueno, yo ahora no estoy tan mal, pero vaya viaje, amiga. Cuando tienes el sentido del deber tan desarrollado, terminas por creer que la vida es nada más que tachar tareas. Como me pasaba a mí a principios de año. Tenía la creencia firme de que si no tenía un trabajo no tenía nada y que de poco servía existir. Si no produces ¿qué haces aquí?

Y no me puedo venir muy arriba tampoco, porque hace apenas un par de párrafos he cuestionado este trabajo porque no me tiene cumpliendo un horario rígido ni estoy sentada en una mesa el número de horas que dice mi nómina. Madre mía, ¡cuánta creencia chungu tengo por aquí! Voy a consolarme pensando que al menos teniendo conciencia de ellas, tengo cierto camino andado.

16 de septiembre de 2020

Esta mañana, cuando iba a salir a caminar con Pedro, me llamó mamá. Todo normal, pero al decirle que me iba a caminar, me dijo que no me olvidara que yo estaba de cuarentena y que no debía estar saliendo.

Me quedé un poco parada, y la primera intención fue quedarme quieta y no salir. No cuestionar nada más. Le colgué y luego me puse a pensar.

Mientras yo pensaba qué debía hacer, Pedro me instó a seguir el camino.

Fui, claro que fui. Y nos dimos la caminata y el baño. Que me supo a liberación total, por cierto.

Y de vuelta, le pregunté a Pedro si él creía que no debería estar saliendo de casa.

—¿Y eso por qué?

—Porque he estado en contacto con un montón de positivos. Podría estar esparciendo virus a tutiplén.

—Ellos son positivos, pero tu test dijo que eras negativa.

—Ya, pero las restricciones y todo eso ¿qué? La norma es que nos metamos en casa.

—A ver, Silenciosa, que te gusta más una Norma que a un ingeniero. La norma dice que mantengamos distancias y aislamientos para no contagiarnos. Eres negativa, estamos en espacio libre y no nos relacionamos con nadie. Las normas sirven para establecer directrices, pero no son verdades irrefutables. Estar encerrada en casa, ¿qué sentido tiene?

No, claro, sentido ninguno.

Escuchándolo con atención, me di cuenta de que a mí me plantas una norma, o una regla, y yo digo: a todo sí. No las cuestiono y hay normas que seguro, si las pienso en profundidad, o bien me parecen absurdas, o no me aplican porque no están dentro de mi rango de acción. Sin embargo, en mi carácter no está el cuestionarlas. ¿Piloto automático? ¿Bien mandanda?



El resto del día lo he pasado entre libretas e hilos. Volvimos de andar y yo me puse a la tarea, y Pedro decidió que se iba un rato a la playa.

No sé si estoy retrasándolo en sus actividades, o si tal vez está dejando cosas por hacer por mi culpa. Según me doy cuenta de lo que escribo me traigo al orden. Pedro es un hombre adulto, que además me ha demostrado que tiene la cabeza perfectamente amueblada. Si está dejando cosas sin hacer, el responsable es él. No es que no me preocupe su vida, pero no puedo responsabilizarme de sus cosas ¿No?

Me pongo a observarlo desde mi postura, y me vienen a la mente mil cuestiones. Supongo que con la posición que tiene, económicamente hablando, tiene la vida garantizada. Y con esto resuelto, ¿de qué más tiene que preocuparse?

Cuando cenamos, se lo pregunté. Si él tenía la vida resuelta.

—¿La vida resuelta? ¿Eso no es cuando te mueres?

—No hombre, me refiero a no tener preocupaciones. Tienes dinero suficiente con el trabajo que desarrollas para vivir el tiempo que estés vivo ¿No? Tienes una casa, vamos, que tienes todas las necesidades cubiertas.

—Entonces, ¿la vida te la resuelve el dinero?

—No, claro que no, pero ahora mismo, estás posicionado. Tienes un trabajo, dinero, una casa, ya lo tienes todo hecho.

—¿Ah, sí? ¿Según quién? Seguro que el mismo que dice que en este punto soy un fracaso porque ni matrimonio, ni hijos. Perro sí. No todo está mal.

Y ahí me di cuenta. He vuelto a caer en la trampa. Y me vuelvo a la libreta de enero de este año. En enero estaba sin trabajo, y con casi treinta años. Me sentía un fracaso de vida y persona; porque en ese momento no tenía absolutamente nada de lo que se supone que tenía que tener. Creerme todo esto casi se me lleva por delante. Todavía me duelen los huesos de las dos semanas que pasé casi sin levantarme del sillón, sin comer y sintiendo que no había luz en la mazmorra en la que me encontraba.

Otra norma más que no sé quién puso pero que yo me comí entera. Sin cuestionarla ni un poquito.

Después de casi nueve meses, he ido viendo que esa forma de ver la vida me molestaba tanto no por no haberla alcanzado cuando se suponía, sino porque realmente no era una forma de vida que a mí se me ajustara. Quiero creer que por eso me enredé con Roberto, y acepté sus formas. Al menos estando Roberto por el medio, tenía un casi algo. Que era una de las cosas que se me pide en la edad que tengo.

Madre mía, qué peligro.

Y todo esto fue en lo que derivó la conversación. Terminamos de recoger la cocina y nos fuimos al sillón dándole vueltas a lo mismo.

Hacía calor dentro, y Pedro nos llevó al sillón de la terraza, porque por lo menos allí corría un poco de aire, y podíamos estar sentados juntos sin estar pegajosos del calor. Y digo nos porque me levanta del suelo como si yo fuera una pluma, y yo, pues me dejo hacer, me encaramo a su cuerpo, que se me antoja firme y recio como un árbol, y que me lleve donde él quiera. Otra vez como si fuéramos Bella Swan y Edward Cullen y me llevara a correr por el bosque. No puedo renunciar a mi adolescencia tan pronto.

Por primera vez le hablé de Roberto. Le resumí cómo había empezado a quedar con él y cómo me fui enredando en algo que no me gustaba y que no me hacía sentir bien, sólo por tener un poco de atención. Y por cubrir la cuota que me tocaba en la responsabilidad de hacer lo que debía, esto es: buscarme una pareja. Cualquier pareja.

Le conté cómo acepté el silencio, las desapariciones, que dejara de contestarme durante días después de dejarme en visto, y que yo ni siquiera fuera capaz de plantarle el machango de forma rotunda cuando volvía.

—Eso es a lo que le dicen *ghosting*, ¿No?

—Sí, eso es.

—¿Y cómo saliste de ahí? Ese tipo de relaciones crean una dependencia importante.

—Al final, el *ghosting* se lo hice yo. Claro que tuve que enterarme de que el *ghosting* suyo estaba muy justificado.

—Tenía novia ¿No?

—Justamente. Laura se enteró y me lo contó rápidamente. No te creas. Me enfadé y me vine súper arriba. *Block, report, unfollow*. Pero me lo volví a encontrar una noche un par de semanas después de eso, y volví a caer. Me sentí tan tremendamente mal, que me prometí que nunca más. Así que el *ghosting* final, lo hice yo. Claro que la pandemia me ha ayudado un poco o un mucho.

—No te quites mérito. A la pandemia le das las gracias y listo.

—También.

Y ahora que lo pienso me doy cuenta de una cosa. Cuando llevas tanto tiempo autocastigándote, sin ninguna razón de peso aparentemente, meterme en relaciones como esta era lo que me tocaba. Si ni siquiera yo misma me trataba bien, negándome el alimento, algo tan básico, lo siguiente, y por seguir con la misma línea de tratamiento, era que buscara relaciones, trabajos, amistades... que me trataran de igual forma. Tuve siempre una maderita a la que asirme en medio de ese hundimiento. En casa siempre me trataron bien, y las chicas también.

Metida en aquellas *fokin* relaciones, siempre en algún momento veía la luz, y lo hacía por comparación. Cuando peor me sentía en el curro o con Roberto, llegaba Laura con un cruasán calentito y me daba un abrazo; o recibía una llamada de Juan con cualquier plan para sacarme de casa.

Y ahí era cuando chocaba todo. Se podía hacer de otra manera. Yo podía recibir otro trato.

Y luego llegó Pedro. Que me vio de lejos aquel primero de enero... Este primero de enero. Que no ha pasado ni un año. Mi llanto lo puso alerta y, sin invadir, sólo hizo *check*, por si necesitaba algo.

Me abrí con miedo, no me voy a engañar. Y lejos de recibir juicio o silencio, recibí entendimiento. De verdad, cada día flipo más con este tío. Lo que me demuestra que todos aquellos años en los que me maltraté y dejé que me maltrataran, estaba equivocada. No era así como tenía que ser, yo podía tratarme bien, y también esperar y exigir que se me tratara bien.

Pedro me contó que él nunca había podido hacer algo así. Que bueno, tal vez de jovencito en algún momento lo intentó, pero desde que se lo contaba a Tía Enriqueta, esta lo llevaba de una oreja de frente al problema. Ahora ni se plantea hacerlo de otra

manera. Si hay algo que gusta o disgusta, sobre todo esto último, de frente con ello. Sin necesidad de dejar al otro hecho mierda, pero sí afrontando lo que pasa.

Y me lo creo totalmente. Es que me lo imagino sin ninguna dificultad. Todo lo que he leído de la vida de esta señora es así: valentía y transparencia.

Mira, dos grandes cosas para tenerlas como guía. Me voy a anotar estas dos palabras en un *post it*, y me las voy a poner en un sitio visible, de forma que las tenga presente la mayor parte de mi día. Quiero ser valiente y transparente. Ahora puedo cambiar de palabras.

Cuando se acabó la primavera, y me quedé sola en esta casa, quería ser una Sonia suficiente, capaz y feliz. Seis meses después, creo que soy las tres cosas. Siento que soy capaz, he sido capaz. Soy suficiente. Y ahora mismo, en medio de esta pandemia, con este riesgo de virus acechando... soy bastante feliz.

Ha llegado el momento de trabajar en otra Sonia, una valiente y transparente.

17 de septiembre de 2020

Ya estamos a jueves. Las tardes siguen siendo larguísimas. Son las nueve de la noche y todavía es de día. Me encantan los días de final de verano. Esta especie de languidez donde parece que todo está en rutina, pero la meteorología nos da una tregua para recordar que aún quedan días de verano.

Hemos pasado la tarde en la playa. Sin Cash, solos Pedro y yo. Comimos aquí, pero la siesta Pedro se la durmió allí. Me llevé un termo de té, la libreta y el libro.

Y lo único que hice fue estar encaramada a la espalda de Pedro. En la arena o en el agua. Pegada como una garrapata.

Sin culpa. Esto es lo mejor. He hecho nada toda la tarde. Bueno, tal vez esto no es real. He hecho mucho. He vivido una tarde a la que sé que voy a volver toda la vida. *No matter what.*

Y lo voy a dejar escrito aquí, para que si todo cambia, o cambia un poco, que no tiene que ser tan de extremos de todo o nada. Si las cosas cambian, así sin más, voy a volver a esta tarde y a convencerme de que aunque pase cualquier cosa que varíe la situación que tengo hoy, por tardes como esta habrá merecido la pena lo que pase en ese momento.

Llevo varios días dándole vueltas a esta expresión: valer la pena. De primeras, y como estoy en una especie de cruzada con el lenguaje desde que leí "Los Cuatro Acuerdos" y haciendo honor a ese acuerdo que dice: "sé implacable con el lenguaje", estoy observando con atención las palabras que uso y también las expresiones. Valer la pena. Casi todo lo que traiga pena aparejado quiero eliminarlo de mi radar de atención. Sin embargo, creo que en este caso lo empiezo a entender. Que valga la pena de después. Mientras lo vivo tiene que valerme toda la alegría, y aun así, si se pierde habrá merecido la pena. En el fondo es lo mismo que lo de "que me quiten lo bailao".

Así que sí, sin importar qué pase luego, la pena que sienta estará justificada por haber vivido una tarde como esta.

18 de septiembre de 2020

Es viernes, y como estoy con este negativo sospechoso, hemos tenido que cancelar la tarde de señoras.

Estoy tristonca y me siento bastante culpable. Pero como dice Pedro, es lo que hay.

Pedro sigue aquí, y yo sigo aquí.

Aunque he estado sola, esta tarde me he puesto a mover las manos.

Cada rato que tengo libre, me meto de cabeza con el Manual de Tejer. No domino la técnica, ni mucho menos, pero es cierto que voy notando cómo estoy adquiriendo cierta destreza. Y la verdad, es una sensación curiosa en la que quiero seguir trabajando.

Supongo que esto es lo que sienten los deportistas. Hoy se lo decía a Pedro, que cada vez que cojo las agujas y consigo dar una vuelta completa y no siento los dedos rígidos y que se van moviendo con cierta intuición, me parece que he dado un paso más hacia adelante. Llegar a tu objetivo y empujarte un poquito más. Como si le estuvieras dando pataditas a la meta para seguir alejándotela.

Lo que sí tengo ya dominado es el Manual. Es un libro. Y todavía me da vértigo. Tanto, que apenas si lo he mencionado por aquí.